

# ESCOMBROS

miguel ángel herrero salvador



# Capítulo 1

## ESCOMBROS

Isidro se enteró de que su mujer le engañaba porque la habitación del pequeño hotel donde estaba con su amante a las cuatro menos veinte de la tarde de un jueves de mayo quedó destrozada por una violenta explosión de gas en el edificio colindante, que se hallaba en obras de remodelación. Las paredes reventaron, el techo se hundió parcialmente y sus cuerpos aparecieron en la cama, desnudos bajo un montón de cascotes. Murieron en el acto. No hubo más víctimas mortales en el siniestro aunque sí otros heridos, de distinta consideración. El suceso fue noticia por la noche en todos los periódicos digitales, abrió los noticieros de radio y televisión. El hotel, coqueto, de tres plantas y mismas estrellas, ubicado en una calle tranquila al norte de la ciudad, se encontraba algo a trasmano y cerca de sus respectivos lugares de trabajo (él en una biblioteca, ella en una Junta municipal de distrito).

En el tanatorio, cada pésame de familiares y amistades, cada muestra de consuelo Isidro los sintió como un puñado de sal en carne viva. Estaba demasiado consternado, la decepción era demasiado grande para calibrar nada en aquellos momentos.

Al día siguiente, después del funeral y de la incineración, Isidro pudo hablar con su cuñada, la hermana pequeña de su mujer. Ella estaba tan pasmada y afligida como él, tampoco había sabido nada del amante secreto. Casi lo mismo le dijo Carlota, una de las mejores amigas de su mujer, compañera de trabajo, aunque con la diferencia de que ella sí que le conocía porque precisamente se lo había presentado el año anterior durante un evento literario en su biblioteca. Las famosas actividades relacionadas con la literatura (que si un coloquio entre lectores, que si la conferencia de un novelista consagrado, que si la presentación del libro de algún autor o autora novel) tan frecuentes en los últimos meses, recordó Isidro, quien siempre se había inclinado más por la melomanía. Isidro se tomaba la lectura como una distracción ligera; su mujer, en cambio, había querido buscar, y a veces las había encontrado, otras cosas en los libros, ya fueran novela, poesía o ensayo.

La muerte inesperada de la que había sido su pareja durante veintisiete años dejó a Isidro sumido en un dolor paralizante; porque en ese dolor se disolvía también el pasmo y la humillación por los cuernos con un hombre

que era casi veinte años más joven y la ausencia de un remedio para la agonía de su única hija, una veinteañera desconcertada tras el anómalo y azaroso fallecimiento de su madre.

Al cabo de unos días, mientras revisaba pertenencias de su mujer por la casa, oculto en el fondo de un cajón de su ropa interior, Isidro dio con una libreta. Al abrirla se topó con su letra inconfundible, unas pocas páginas con anotaciones escritas a bolígrafo rojo. No le contó nada a su hija del hallazgo. Era consciente de que su lectura suponía un absurdo acto de masoquismo; pero se impuso la curiosidad, una curiosidad que al punto Isidro sintió como un martillazo en el pecho.

*He conocido a Jorge. Me lo presentaron hace unos días. Es un hombre alto, delgado, atractivo, muy interesante. Y mucho más joven que yo, treinta y siete años que ni siquiera aparenta. Su madre vive con él, a su cuidado. Jorge es manco. Perdió la mano izquierda a los veinte años en un accidente con una máquina del taller en el que trabajaba por entonces.*

Isidro jamás sospechó que su mujer pudiese tener un amante. No lo había contemplado porque creía que estaban bien. Más de una vez se lo habían dicho entre ellos, se lo habían repetido: "Estamos bien, ¿verdad?, no somos como otras parejas". Aún disfrutaban, cada vez más esporádicamente, de los rescoldos de una vida sexual que en el pasado había sido por momentos exuberante y satisfactoria, y aún se prodigaban muestras de cariño, de comprensión. Habían atravesado altibajos en su matrimonio, naturalmente; Isidro había sorteado en su momento algunas tentaciones, y hasta se había resistido a la oportunidad de echar una cana al aire porque había podido más el respeto, o quizás la culpa.

*Hemos encontrado un hotelito discreto, ideal para nuestros propósitos, cerca de su biblioteca. Nos cuadra por las tardes.*

Pensaba Isidro que quizá había pecado de ingenuo, que había cometido el error de no haber albergado la duda en su matrimonio, de no haber considerado que la conducta de cualquier persona, bajo unas circunstancias determinadas, siempre podrá resultar una incógnita, tanto para los demás como para sí misma. Isidro se preguntaba si su mujer le habría engañado anteriormente alguna otra vez.

*Fue al psicólogo y al psiquiatra, y llevó una mano ortopédica un par de años, pero la acabó desechando. Prefería exhibir su muñón, rosado, de piel muy fina, que finalizaba un antebrazo sin vello que no resulta desagradable a la vista. Para paliar en parte su sufrimiento, empezó a escribir poemas. Ha escrito muchos pero no tiene interés en publicarlos. Tampoco me ha dejado leer ninguno. Es muy pudoroso en este tema.*

Isidro ignoraba si ella estaba enamorada del tal Jorge, si la aventura tenía visos de seriedad o no, o si sólo estaban interesados en sus aspectos más

lujuriosos. ¿Era su matrimonio una relación ya rota o simplemente estaba gastada por la rutina?

*¡Toda esta locura es como un renacimiento!*

Pero Isidro no se había percatado de ese renacimiento al que ella se refería. Si las hubo, no supo captar las señales. No supo captar nada, de hecho. En la grisura de lo cotidiano Isidro no la había visto más contenta, ni con un resplandor nuevo en la mirada, ni con un ánimo más efusivo, si acaso fue su hija la que, en ocasión reciente, le dijo que el climaterio parecía que le estaba sentando de maravilla.

*Nunca me habían follado de esta manera. ¡Qué barbaridad! Quién lo hubiese pensado, tras lo que le ocurrió. Me ha confesado que después del accidente padeció durante un tiempo de impotencia. Pero su cuerpo estaba perfectamente. Era algo mental.*

De la lectura íntegra de la libreta Isidro se enteró de que solían quedar tres o cuatro veces al mes, siempre por la tarde. Su primera cita para acostarse había sido a mediados de noviembre.

*Hoy me ha follado así largo rato. Ha sido increíble y a la vez sórdido. Se extrañó cuando se lo propuse. Nunca se lo habían pedido. Ninguna de sus amantes anteriores había sido tan osada. Soy un agradable pozo de sorpresas, me ha dicho con una sonrisa. Y me lo dice él, que cuando quiere es de lo más perverso y procaz.*

*He reservado habitación para pasado mañana, aunque aún no me ha confirmado si podrá acudir.*

Fue su último apunte.

Una imagen. Isidro sigue sin quitarse de la cabeza una imagen después de varios meses de pastillas, de bajas médicas y sesiones con el psicólogo, una imagen que aún le reconcome cuando está a solas, en cualquier parte. Una imagen que se ha fijado en su cerebro como una fotografía. Y le martiriza. Esa imagen.